

XXXV.

DE COMO MURIÓ IRING.

EL margrave Iring de Daneland gritó: « Con cuidado guardo mi honor desde hace mucho tiempo, y me he batido valientemente en muchas batallas sostenidas con distintos pueblos. Que me traigan mis armas, quiero batirme con Hagen. »

« No os aconsejo tal cosa », le respondió Hagen. « Haced por el contrario, que retrocedan los guerreros de Etzel, porque si dos ó tres de ellos penetran en la sala, los arrojaré de mala manera desde lo alto. »

« Lo que dices no me hará retroceder », le contestó Iring: « yo me he encontrado en aventuras de mayor peligro, y quiero combatir contigo solo con la espada. De nada te servirá lo atrevido de tus frases. »

El valiente Iring se armó muy pronto, así como también Irnfrido el fuerte de Turinga y Hawart el valeroso con mil hombres; ellos se encontraban dispuestos á socorrer á Iring en la empresa.

El músico vió avanzar una apuesta tropa que se aproximaba con Iring; llevaban ceñidos los buenos y brillantes yelmos. El arrogante Volker se sintió poseído de fogosa cólera.

« ¿ Ves, amigo Hagen, como se adelanta Iring que ofreció batirse contigo solo con la espada? ¿ Mienten aquí los héroes? Desprecio tal manera de obrar; traen consigo mil guerreros ó más. »

« No me acuses de decir mentira » dijo el vasallo de Hawart. « Estoy pronto á hacer lo que prometí, y el te-

rror no me hará desistir de mi empeño; por terrible que sea Hagen quiero combatir con él. »

Rogó Iring á sus parientes y guerreros que lo dejaran combatir solo con el héroe; accedieron con pesar, pues conocían el valor terrible de Hagen el de Borgoña.

Tanto lo rogó que cedieron al fin, y cuando los de su acompañamiento vieron el decidido ánimo con que buscaba honores lo dejaron ir. Entre los dos se empeñó un terrible combate.

Iring el de Daneland llevaba levantada la lanza y se cubría con el escudo el valeroso héroe; comenzó á subir los escalones para encontrarse con Hagen en la sala. Los golpes de los combatientes producían un horrible ruido.

Botaron sus lanzas contra los escudos, llegando con ellas hasta las bruñidas armaduras con tal fuerza, que las astas volaron en astillas. Furiosos los héroes, echaron entonces mano á las espadas.

La fuerza del terrible Hagen era muy grande; sobre él asestó Iring dos tajos que se oyeron en toda la ciudad. La sala y las torres retemblaban, pero el guerrero no pudo conseguir lo que se proponía.

Iring dejó á Hagen sin haberlo herido y se dirigió hacia el músico, creyendo que podría derrotarlo con sus terribles golpes, pero aquel esforzado héroe se supo defender bien.

El músico descargó con tal violencia que rompió el escudo; dejando entonces á Volker que era un hombre horrible, se dirigió contra Gunter el rey de Borgoña.

Ambos eran bravos en el combate. Por fuertes que fueran los golpes que Gunter diera á Iring y éste á Gunter, no consiguieron que la sangre brotara de las heridas. Sus armaduras que eran magníficas los preservaban.

Dejó á Gunter y se lanzó contra Gernot, haciendo brotar chispas de su cota de mallas. El fuerte Gernot de Borgoña hirió casi mortalmente al atrevido Iring.

De un salto se alejó del príncipe; era muy ágil. El héroe mató á cuatro nobles del acompañamiento de los señores venidos de Worms sobre el Rhin. Con esto se excitó el furor de Geiselher.

« Juro á Dios, señor Iring, » dijo el joven Geiselher,

« que me pagaréis la muerte de los que habéis matado. » Se arrojó con tanta fuerza contra el héroe de Daneland, que logró derribarlo.

Cayó sobre sus manos en la sangre, y todos creyeron que aquel buen guerrero no podía dar un tajo más con su espada en el combate. Ante Geiselher yacía Iring, pero sin herida ninguna.

Con el choque en el yelmo y el ruido de la espada, había perdido el sentido y la fuerza aquel esforzado guerrero y parecía sin vida. Aquello lo había hecho con su fuerza el valiente Geiselher.

Pero cuando pasó la conmoción producida por los golpes sufridos en la cabeza pensó: « estoy vivo y no tengo herida ninguna; ahora comienzo á conocer la fuerza del noble Geiselher. »

Escuchaba á sus enemigos cerca de sí; si hubieran sabido que vivía lo hubieran rematado. Vió también á Geiselher á su lado y pensaba en la manera de escapar con vida á sus enemigos.

¡ Con cuánta fuerza saltó el héroe de la sangre! Con su gran rapidez dió un terrible salto hacia la puerta donde halló á Hagen, sobre el que descargó su férrea mano fuertes golpes.

Hagen pensó: « es menester que seas de la muerte, y si el demonio no te protege no volverás á escaparte. » Iring hirió á Hagen por debajo de la celada de su yelmo; esto lo había hecho el héroe con Waske que era una buena espada.

Cuando el furioso Hagen sintió la herida, hizo girar en su mano la espada: el vasallo de Hawart tuvo que retroceder, y Hagen siguió persiguiéndolo por la escalera.

Levantó sobre su cabeza el escudo Iring el fuerte, pero aunque aquella escalera hubiera tenido más peldaños, Hagen no le hubiera dejado dar un solo golpe. ¡ Cuántas rojas chispas brotaron de sus yelmos!

Iring llegó sin herida hasta donde estaban sus amigos. Crimilda supo la noticia de que el de Troneja había sido herido en el combate; por esto la esposa del rey le dió expresivas gracias.

« ¡ Dios os lo recompense, Iring, bueno y excelente guerrero; tú animas mi corazón y mi alma. Desde aquí veo enrojecida por la sangre la armadura de Hagen! » Crimilda en su agradecimiento le tomó el escudo de la mano.

« No le des las gracias tan pronto, le gritó Hagen, si quiere comenzar ahora la lucha, hará lo que debe, y si vuelve á luchar será un hombre valiente. No te alegres de la herida que he recibido. »

« Si con la sangre de mi herida veis rojo el arnés, esto me excitará para dar muerte á muchos hombres, mi cólera crece con la primera herida que Iring me ha hecho. »

Iring el de Daneland, se puso al aire refrescando su armadura y desatando su yelmo. Toda la gente decía que era fuerte y bueno, por lo que el margrave se sentía orgulloso.

Iring gritó entonces: « Ahora, amigos míos, es menester que me arméis enseguida; quiero ver si puedo domeñar á ese hombre impertinente. » Su escudo estaba agujereado, por lo que le dieron uno mejor.

Inmediatamente el guerrero se encontró mejor armado que la primera vez; cogió con furiosa cólera una fuerte lanza, la que en su odio quería esgrimir contra Hagen, pero fué recibido de una ruda manera.

Hagen el valeroso no lo esperó; saltó la escalera saliendo á su encuentro lanzando una javalina y esgrimiendo su espada; terrible era su cólera. Para nada le sirvió á Iring el guerrero, su fuerza.

Golpeaban de tal modo sus escudos que parecían iluminados por rojas llamas. El vasallo de Hawart recibió de la espada de Hagen una terrible herida á través del yelmo y del escudo; ya no vivió más.

Cuando Iring el héroe sintió la herida, el fuerte hombre levantó el escudo hasta el casco. Le parecía que el tajo recibido era mortal, pero aun le dió uno mayor el guerrero del rey Gunter.

Hagen vió á sus piés una lanza tendida; la esgrimió contra Iring del Daneland con tal fuerza, que el asta le atravesó la cabeza. Terrible muerte le había dado Hagen.

Iring tuvo que retirarse hacia sus Daneses, y antes que

podían quitarle el casco, tuvieron que sacarle la lanza de la cabeza; estaba próximo á morir, sus parientes lloraron, grande era la aflicción de ellos.



Llegó la esposa del rey y se inclinó sobre él, llorando al fuerte Iring, afligida por sus heridas. Así dijo ante sus parientes aquel guerrero fuerte y vigoroso:

«Dejad vuestro doloroso llanto, muy noble reina. ¿Para qué sirven vuestras lágrimas? Tengo que perder la vida por las heridas que he recibido. La muerte no me quiere dejar más tiempo á vuestro servicio y al de Etzel.»

Luégo dijo dirigiéndose á los de Turinga y á los Dane-

ses: «Nunca reciban vuestras manos los regalos de la reina, ni toméis su oro rojo; y si atacáis á Hagen es lo mismo que si corrierais ante la muerte.»

En sus pálidas mejillas tenía los signos de la muerte Iring el valeroso; todos los que estaban allí, sentían pena por la muerte del héroe de Hawart; los Daneses querían comenzar de nuevo el combate.

Irnfrido y Hawart se dirigieron contra el palacio con mil guerreros; por todas partes se escuchaba un grande y terrible ruido. ¡Oh, cuántas aceradas flechas lanzaro contra los Borgoñones!

Irnfrido el fuerte se dirigió hácia el músico, pero recibió grave daño de su mano: el noble músico hirió al margrave á través de su templado yelmo; su furor era indecible.

Él hirió al valiente músico, de tal modo que la armadura del guerrero brilló como si en el arnés tuviera una roja hoguera. A pesar de todo, el músico dió muerte al margrave.

Hagen y Hawart se habían encontrado y el que logró verlos pudo admirar maravillas. Las espadas se agitaban con rapidez en las manos de los héroes, pero Hawart debía morir á manos de los Borgoñones.

Cuando los de Turinga y los Daneses vieron muerto á su señor, comenzó ante el palacio una horrorosa lucha antes de que llegaran á la puerta con sus fuertes brazos. Allí quedaron agujereados muchos yelmos y escudos.

«Atrás,» exclamó Volker, «dejadlos entrar en la sala que ellos no conseguirán jamás lo que han pensado: aquí perecerán en poco rato y con la muerte ganarán lo que les ofreció la reina.»

Cuando los valerosos penetraron en la sala, muchos perdieron la cabeza y fueron muertos por los golpes. A muchos mató el fuerte Gernot y lo mismo hizo Geiselher el héroe.

Mil cuatro habían entrado en el palacio: las espadas en rápidos molinetes despedían chispas. Todos los que habían entrado fueron muertos por los extranjeros; de los Borgoñones podrían contarse maravillas.

Cesó el tumulto y reinó el silencio; la sangre de los guerreros muertos, corría por las aberturas y por los caños que daban salida á las aguas. Esto habían hecho los del Rhin con su terrible fuerza.

Sentáronse para descansar los Borgoñones y dejaron sus escudos y sus espadas. Allí delante del palacio se estaba el fuerte músico esperando que alguno lo invitara al combate.

El rey lloraba desesperado y lo mismo hacía la reina; doncellas y mujeres sentían turbada el alma. La muerte me parece que se había conjurado contra ellos; pronto los extranjeros les hicieron perder muchos más guerreros.

XXXVI.

DE COMO LA REINA MANDÓ INCENDIAR LA SALA.

AHORA aflojad vuestros cascos, » dijo Hagen el héroe: «yo y mi compañero velaremos por vosotros y si los guerreros de Etzel quieren combatir nuevamente, avisaré á mis señores lo más pronto posible.»

Muchos buenos caballeros se quitaron los yelmos de la cabeza y se sentaron en la sangre sobre los cuerpos á que habían dado muerte. Los nobles extranjeros seguían espíados por sus contrarios.

Antes que llegara la noche, el noble rey y Crimilda la reina, hicieron que los Hunos intentaran nuevamente el asalto por si conseguían vencer; á su lado se veían más de veinte mil que debían emprender el combate.

Una horrible tempestad descargó sobre los extranjeros. Dankwart, el hermano de Hagen, aquel hombre

fortísimo, dejó á sus señores y saltó hacia la puerta para hacer frente al enemigo. Creyeron que había muerto, pero apareció sano y salvo.

La terrible lucha continuó hasta que fué de noche: los extranjeros se defendieron como deben hacerlo los héroes, durante todo un día de verano contra los guerreros de Etzel. ¡Oh! ¡cuántos buenos caballeros cayeron muertos ante ellos!

A mediados del estío tuvo lugar la gran matanza, y entonces fué cuando Crimilda vengó en sus más próximos parientes y en muchos guerreros, las aflicciones de su corazón. Desde entonces el rey Etzel careció de toda alegría.

Ella no había pensado en tan horrible carnicería: quería haber hecho de modo que en el combate pereciera solo Hagen y ninguno más. Pero el maldecido demonio extendió sobre todos la desgracia.

Había pasado el día y sentían pesar y angustia. Ellos pensaban que valía más morir de una vez, que no soportar lentamente tan atroces dolores. Deseaban ya hacer la paz con sus enemigos, aquellos esforzados guerreros.

Rogaron que viniera el rey á la sala. Los héroes empapados en sangre y deslumbrando con el brillo de sus armas, salieron del palacio con los tres reyes. No sabían á quien quejarse de sus terrible males.

Etzel y Crimilda avanzaron los dos: el país era suyo y tenían muchos señores. Él dijo á los extranjeros: «Decid, ¿qué queréis de mí? ¿Creeis obtener la paz? eso difícilmente puedo concederlo,

después de los grandes males que me habéis ocasionado. Por largo tiempo que viva no accederé á lo que queréis. Habéis matado á mi hijo y á muchos de mis parientes, por esto es imposible toda compensación y paz.»

A estas palabras respondió Gunter: «A ello nos ha obligado la desgracia. Todos los de mi séquito han sido asesinados por tus guerreros en los alojamientos: ¿había yo merecido esto? Yo he venido con la mejor buena fé, creía que me seriais fiel.»

Así dijo Geiselher el joven de Borgoña: «Vosotros guerreros del rey Etzel que aun estais vivos, ¿qué tenéis